

Pandemia: ¿Crisis o naufragio?

Dr. Miguel Kottow¹

En Enero de 2020, la Organización Mundial de la Salud denuncia la diseminación internacional y el aumento alarmante de casos de una “neumonía de Wuhan”, proclamando una emergencia de salud pública de importancia internacional (ESPII). Dos meses más tarde, las estadísticas obligan a declarar la instalación de una pandemia de COVID-19; proliferan los llamados a desenrollar todo el arsenal sanitario disponible para enfrentarla, con un amplio despliegue de medidas-no-farmacéuticas de naturaleza coercitiva por definición: clausura de establecimientos educacionales, cierre de fronteras, aislamientos, cuarentenas, toques de queda, además de recomendaciones de distanciamiento interpersonal, uso de protectores faciales.

SINDEMIA

Visto que el virus afecta más severamente a las personas vulneradas por edad, comorbilidades o pobreza multifactorial, y que las medidas de contención muestran efectos dramáticamente dispares según el lugar que las personas y las comunidades ocupan en la desigual escala socioeconómica, quedó magnificado que todos somos víctimas de una realidad neoliberal que intoxica despreocupadamente el medio ambiente y se extiende con total insensibilidad a la injusticia social que crece a sus expensas. El término pandemia robustecido por constantes recuentos estadísticos no da cuenta del caos, estimulando la reemergencia del concepto de sindemia concebido por Merrill Singer para caracterizar el “complejo nexo de la política, la economía, los factores psicosociales / ambientales y las disparidades de salud que dieron lugar a la crisis del SIDA en los barrios marginales de la década de 1990” (Singer et al 2017).

El término sindemia no ha tenido mayor presencia en el espacio público; en la academia se ha repetido sin consecuencias, salvo sugerir que, si bien el concepto de pandemia se aplica a enfermedades infecciosas, la sindemia debiere incorporar también la preocupación por a los pacientes con afecciones no infecciosas que han sido postergados y desatendidos con consecuencias deletéreas (Horton 2020).

CRISIS PANDÉMICA

La relación de crisis y enfermedad proviene de la medicina hipocrática/galénica al describir el curso de una enfermedad que llega a un punto crítico donde el médico hacer un pronóstico ya sea favorable denominado crisis a secas –logrado por la *vis medicatrix naturae*–, o desfavorable: crisis mala o funesta. La crisis en medicina antigua era un juicio médico que no incitaba a una determinada terapia, dado el estricto no intervencionismo propiciado por Hipócrates.

Solo a partir del siglo XIX se comienza a usar el término crisis en economía y política, siempre con connotación de un proceso destructivo que requiere medidas urgentes de contención. Con un sentido de inminente catástrofe se instala ahora el concepto magnificado de crisis pandémica global, crisis multidimensional y sistémica, crisis mundial; estas y otras son declaraciones de eventos y procesos de dimensión histórica. Por de pronto, la “crisis COVID-19” es de un carácter prolongado que no permite hacer los pronósticos de su evolución. A diferencia de la idea de crisis médica, en la modernidad se declara una crisis con el objetivo de buscar y elaborar respuestas terapéuticas que den fin al período crítico anómalo, generando la

¹ Editor Cuadernos Médico Sociales

cuestión de fondo de qué está en juego al declarar que “*resolverla significa asumir que hay acuerdo general de qué está en crisis y para quién es crítica*” (Roitman 2021, cursivas en original). Y la respuesta es que COVID-19 es una crisis de salud pública para la cual nadie estaba preparado, aun cuando en EE.UU. la epidemia SARS de 2002 impulsó un incremento sustantivo de la investigación de virología experimental que terminó siendo derivada a la bioseguridad nacional frente a la amenaza de un terrorismo biológico diseminado por el ántrax.

La crisis COVI-19, a pesar de su extensa diseminación y masivo impacto económico, no difiere mucho de otras crisis de salud pública que los Estados Unidos han enfrentado a lo largo de los años. En el ambiente político actual priman la negativa, la debilidad e irregularidad de respuestas políticas, la comunicación pobre y confusa, las contenciosas relaciones intergubernamentales, todo ello contribuyendo a predecibles y típicas amenazas a respuestas efectivas (Sanger 2020).

Este descarnado análisis es aplicable, en diversos grados –en Francia se habló de *une crise organisationnelle*–, a la situación internacional de países que no están bajo el régimen dictatorial de medidas públicas obligatorias. Las políticas sanitarias durante la pandemia se basan “casi exclusivamente en visualización estadística mediante curvas y ondas”, constituyendo la pandemia como una crisis epidemiológica (Roitman 2020), que anida en la magna crisis medioambiental y en el drama global de las disparidades de ingreso y la inseguridad alimenticia que tiene dimensiones globales exacerbadas por el “nacionalismo de vacunación”.

Lamentablemente, a pesar del aumento de la brecha de inequidades socio-económicas y los dolorosos padecimientos, la seguridad humana definida en términos de bienestar público no ha emergido como un nuevo régimen normativo (Roitman, 2020).

Es preciso abandonar la convicción de que no hay alternativa al mercado, escribe el filósofo Axel Honneth, manifestando su desazón porque los signos iniciales de una pandemia privilegiando el bien común sobre intereses individuales, no fueron más que un fulgor efímero apagado por el individualismo reinante.

Tal como el concepto de sindemia, la temática de crisis termina por reconocer sus múltiples

connotaciones, sin lograr que la prolongación del estado crítico permita otear un final, aventurar un pronóstico o dar con alguna sugerencia terapéutica o preventiva. La falta de fuerza performativa anticipa que volveremos a cultivar la modernidad pre-pandémica ahondando los daños sociales y medioambientales que la caracterizan y la vuelven aun más susceptible a la danza de los virus. La crisis que llama a la acción resolutive termina por ser una brújula con aguja rota, una desorientación con astrolabio oxidado y, finalmente, un agitado manoteo sin justificación moral.

NAUFRAGIO CON ESPECTADOR

“Naufragio con espectador” (1995) es el título de un escrito de Hans Blumenberg (1920-1996); leído desde el estado de pandemia, permite una interpretación fresca después de 25 años de su publicación. El domicilio del ser humano es la tierra firme –y la bipedismo erguido, añade Erwin Strauss–, donde los avatares de la existencia son predecibles y controlables pero, y citando a Hesíodo, “los hombres en la insensatez del corazón” se dejan tentar a navegar en el mar en búsqueda de nuevos horizontes, un mar intranquilo y turbulento, con inminentes tempestades que anuncian el naufragio del más audaz. Si logra sobrevivir, el naufrago retorna enriquecido a *terra firma*, desde donde lo observaba el contemplador seguro pero pusilánime, salvo que también haya sido arrastrado por, ahora Montaigne, *cet universal naufrage du monde*.

Como filósofo que cultiva la metáfora –metafórico– en el convencimiento que debajo de ella yace un acercamiento a la verdad, Blumenberg inspira una mirada benévola al intento de pensar la pandemia en clave más alegórica que lógica. Instalada en su morada terrenal, la modernidad busca robustecer la firmeza del piso, eliminar incógnitas, distribuir seguridad a cambio de recoger libertad, comandando el inexorable camino hacia el progreso sin meta ni sentido. Se consolida la metáfora del mar como horizonte abierto a lo desconocido, la aventura impredecible, la búsqueda de un resto de libertad y de relaciones significativas en un viaje rebelde que con toda probabilidad termine en naufragio contemplado con serenidad por el observador que quedó en *terra firma* adormecido por la modernidad que preconiza el desarrollo hacia la protección y la seguridad pero que, sin embargo, lo ha dejado sin voluntad ni razón propias.

Sobre estas imágenes, construyo la pandemia

como un tsunami metafórico enfureciendo las aguas que llevan a pique no solo las naves, también inundan y arrasan la tierra, lo terrenal, el observador arrancado de su sitio, nada queda indemne. Las aguas se aquietan levemente, preñadas de repetidos arranques tempestuosos, un presente maculado por el terror a no sobrevivir, un futuro en blanco sin pinceles para colorearlo. “El puerto no es una alternativa al naufragio: es el lugar en el que se esfuma la felicidad de la vida”, escribe Blumenberg.

El tsunami del “naufragio con espectador” se complica como un naufragio con observador-en-trance-de-asfixia, los ojos opacados por el agua salada, recordando que cuando no se puede hablar más vale callar, concentrado en revolucionar el pensamiento: “¿Cuándo (sic)” pregunta el filósofo, “llegará el momento de poder destruir en mí todo lo que he aprendido y de encontrar sólo lo que yo pienso, aprendo y creo?”.

El naufragio total con observador borra las nítidas delimitaciones entre tierra segura y mar de aventuras, requiriendo recorrer “en un experimento *ideal las acciones con las cuales, nadando en medio del mar de la vida, pudimos construirnos una balsa o incluso una nave*” (p 81). El naufragio, a diferencia de la crisis que apacigua, impulsa a ser reconstructor y, ojalá, renovador.

DESESTABILIZACIÓN ESTRUCTURAL

La energía fundante, el *primum movens*, de la modernidad es desarrollar un mundo controlable cultivando progreso, desarrollo, crecimiento para alimentar un *status quo* en permanente expansión. Al ser controlable, la realidad se hace previsible y la relacionalidad rutinaria de los seres vivos entre sí y con las cosas pierde seducción y atractivo, el mundo se vuelve plano y gris, albergando existencias que han perdido toda capacidad de sorpresa, cualquier vivencia de lo inesperado, de la espontaneidad y del encanto. Una idea anticipada por Max Weber como el “desencantamiento del mundo”: la intelectualización y racionalización que lleva a la certeza o la creencia que, de así deseárselo, todas las cosas pueden, en principio, ser dominadas por cálculo –*Berechnung*–.

Soterrado, el encanto finalmente subsiste en forma del velo de Isis, la diosa de la naturaleza que niega la verdad desnuda de su cuerpo; o el respeto por el pudor de la naturaleza que solicitará Nietzsche, haciendo eco de frase de Heráclito: “La naturaleza ama ocultarse”. La nomenclatura del sociólogo Hartmut Rosa se refiere a la tensión entre el proyecto de la modernidad por alcanzar

el control total, y el residuo inalcanzable, imprevisible, atesorado en el ámbito de la resonancia: el deseo de rescatar relaciones que afectan a los participantes, les llevan a vivir lo recibido como un estímulo, un llamado que incita a una respuesta espontánea, personal, en un pliegue que es incontrolable (Rosa 2019).

Desde esta perspectiva, aparece como fenómeno primordial de la pandemia la “*desaceleración sin precedentes históricos*” (Rosa 2020) que precariza a los ya dañados, a los vulnerados por pobreza, edad, dificultades de acceso a cuidados de salud y atención médica. Esta “paralización frenética”, término prestado de Paul Virilio, no es causada por el virus, “sino que es más bien la reacción pública al mismo”, es decir, del Estado que se superpone a la impersonalidad de los sistemas sociales y a los intereses del gran capital y paraliza toda en aras de contener la pandemia:

En el marco de la crisis del coronavirus, el Estado suspende –no completamente pero sí en gran parte– la lógica y dinámica propia de los mercados, la producción cultural, la educación y la ciencia restableciendo así el primado societal por sobre los principios fundamentales de la diferencia funcional y/o la acumulación de capital... (Rosa 2020).

Jürgen Habermas, pensionado pero no retirado, confirma en una entrevista titulada “Nunca hubo tanto conocimiento sobre nuestro desconocimiento y sobre el constreñimiento a actuar y vivir en una situación insegura” (2020), concluye que “los esfuerzos del Estado por salvar la vida de cada persona debe tener preeminencia sobre los cálculos utilitaristas de los costos económicos indeseados que este objetivo pudiese acarrear”.

La modernidad es energizada por un constante proceso de “*estabilización dinámica*”; su supervivencia depende “sistemáticamente del crecimiento (económico), la aceleración (técnica y cultural), la activación política y la continua innovación para estabilizar su status quo y mantener su estructura” (Rosa 2020). La invasión del SARS-COV-2 y la reacción mundial a la pandemia han ralentizado y paralizado gran parte del empuje desarrollista de la modernidad, pero ya rugen los motores de la actividad productiva y los susurros anhelantes de la digitalización, acuciados no solo por recuperar lo perdido, sino apremiados por acelerar aún más la dinámica de la estabilización.

Claves para una nación que viene eligiendo un gobierno sensible a los derechos sociales y atento

al nacimiento de una constitución que propone una democracia participativa, marchando hacia un Estado garante de mayor equidad en la cobertura de necesidades básicas y el empoderamiento ciudadano para forjarse un futuro más satisfactorio timoneado por “*el deseo de vivir bien con y para los otros en instituciones justas*” (Ricoeur 1992, 239). Maculado, el esfuerzo, por la falta de diálogos y argumentos resonantes.

La ingente producción de artículos y libros que reflexionan sobre la pandemia y el futuro de la post-pandemia, carece de fuste por no esperar la decantación de una perspectiva temporal que permita delinear con alguna claridad predicciones plausibles de lo que viene. Los intentos predictivos enfilan preferentemente por acuciar el regreso a la normalidad pese a la toxicidad ecológica y el renovado aliciente a la desigualdad entre un puñado de privilegiados, una capa social intermedia tensionada entre mantenerse en el autopoietico círculo recursivo de producción-consumo o recaer a una situación de pobreza multifactorial. Una normalidad manchada de nuevas heridas purulentas, cicatrices dehiscentes de una modernidad impelida hacia nuevos descontroles.

El camino para quienes se refugian en el pensamiento y la reflexión —que es el pensamiento vuelto sobre sí mismo— es reconocer que somos náufragos sin espectador y actuar como tales, es decir, buscar alguna orilla seca y reconstruir un mundo menos acelerado, más amigable a relaciones resonantes y vivificantes, preñado de una imaginación

menos tediosa que el eterno retorno al consumo digital que nos consume.

REFERENCIAS

1. Singer, M., Bulled N, Ostrach B, Mendenhall E. (2017). Syndemics and the biosocial conception of health. *The Lancet*. 389; 10072: 941-950.
2. Horton R. Offline: COVID-19 is not a pandemic. *The Lancet*. 2020;396(10255):874.
3. Ricoeur, P. (1992). *Oneself as another*. Chicago London: The University of Chicago Press.
4. Roitman, Janet, Framing the Crisis: COVID-19 (August 30, 2021). Available at SSRN: <https://ssrn.com/abstract=3952226> or <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.3952226> (Borrador de artículo) del 20-8-2021)
5. Rosa, H. (2019). *Resonanz*, 5ª ed. Frankfurt a.M.: Suhrkamp.
6. Rosa, H. (2020). La sociedad ante la desaceleración forzada: una interpretación sociológica de la crisis de coronavirus. *Revista de teoría social contemporánea* 11: 19-32
7. Sanger, B. (2020). COVID-19: Lest We are Forced to Repeat Past Mistakes. University Press of Kansas Blog. <http://universitypressblog.dept.ku.edu/uncategorized/covid-19-lest-we-are-forced-to-repeat-past-mistakes/>